

# Razón Española

MARZO- ABRIL 2015

ARTÍCULOS DE PRENSA DE FERNÁNDEZ DE LA MORA

*El filósofo y las aceitunas*  
*Cultura germánica*  
*Para una política del libro*

ESTUDIOS

*Del Estado Social al Estado Servil. El caso alemán*, por Cristina Negro Konrad  
*Una expresión viva de la intelectualidad española: la Revista de Estudios Políticos (1941-1977)*, por Andrés Felipe Tobón Villada  
*Acerca de la II República en Galicia*, por Álvaro Rodríguez Núñez

NOTAS

*El infierno demográfico español*, por Juan Velarde Fuertes  
*La contaminación ideológica de la Historia: el ejemplo emblemático de la guerra de España*, por Arnaud Imatz  
*El califato islámico, llamado a conquistar el mundo*, por Raad Salam Naamán

CRÓNICA

*La política*, por Juan Ignacio Peñalba

LIBROS

*Soumission*, de Michel Houellebecq  
*La legitimación política del franquismo. De la II República a la instauración de la democracia en España*, de Álvaro Rodríguez Nuñez  
*La España del desarrollo. El almirante Carrero Blanco y sus hombres*, de José Luis Orella

190



## MISANDRIA E HIPERGAMIA DESENCADENADAS

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, tan sensible a los neologismos con independencia de la utilidad y pertinencia de éstos, no ha registrado todavía un vocablo que designa un concepto de creciente relevancia en el mundo occidental en general, y en España en particular. El término en cuestión no es otro que «*misandria*» (del griego *misos* [μίσος] y *anēr* [άνήρ]), y su significado estricto, antitético al de «misoginia» (que por el contrario sí incluye nuestro diccionario) es «odio a los varones» o al «varón como sexo», de acuerdo con la definición que recogida en el Oxford English Dictionary<sup>1</sup>. Hasta no hace mucho tiempo, la omisión citada hallaba explicación en la nula incidencia en nuestro país de un fenómeno, la animadversión al varón, de índole inherentemente irracional y que resulta contrario a la naturaleza de las cosas y al recto pensamiento, así como deletéreo por sus efectos sociales y espirituales. Ahora bien, el panorama en el momento de escribirse estas líneas es otro completamente distinto, pues la misandria, corolario de la bioideología de género (siguiendo al profesor Dalmacio Negro) de raíz sesentayochista y predicada con fanático entusiasmo por prosélitos de ambos sexos, se ha impuesto como una de las doctrinas oficiales del Estado de partidos instituido en virtud de la Constitución de 1978. Así, han proliferado instituciones estatales y, por tanto, financiadas con cargo a los Presupuestos Generales del Estado, que velan por la difusión y observancia de la bioideología de género (verbigracia, el Ministerio, actualmente Secretaría de Estado de Igualdad, o el Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género).

Paralelamente, el poder legislativo, sometido a la suprema voluntad de las cúpulas de los partidos políticos representados en las Cámaras, ha aprobado disposiciones que quebrantan el Derecho natural y que adolecen de un marcado sesgo irracional y feminista, como la infausta Ley Integral contra la Violencia de Género de 2004, la Ley de Igualdad de 2007, o la más reciente (octubre de 2014) Ley contra la Homofobia emanada del sedicioso Parlamento de Cataluña. Las dos últimas, asimismo, incurren en la aberrante e inconstitucional inversión de la carga de la prueba, esto es, obligan al va-

<sup>1</sup> "Misandry, n.", *Oxford English Dictionary Online*, Oxford University Press, septiembre de 2014. Accesible en <http://www.oed.com/view/Entry/234242?redirectedFrom=misandry&>.

rón acusado de maltrato a la mujer u homofobia a demostrar su inocencia. Mas la institucionalización de la bioideología de género y el empleo del aparato coercitivo del Estado para salvaguardarla habrían sido ineficaces de no haberse conjugado con una pertinaz labor de propaganda y de adoctrinamiento llevada a cabo fundamentalmente por instituciones públicas que actúan en contubernio con poderosos grupos de presión de índole feminista y homosexualista. Así, en colegios e institutos se enseña a niños y adolescentes que el hombre al nacer es una *tabula rasa* y que el sexo, designado ahora arteramente como género, es una condición que ni viene determinada por nuestra dotación genética ni se caracteriza por unos atributos físicos y psico-cognitivos observables, sino que se trata de una construcción cultural cuyas particularidades el sujeto configura explorando libremente su cuerpo. En cuanto a las cada vez más frecuentes campañas publicitarias lanzadas por el Gobierno de la nación o por las comunidades autónomas contra la violencia de género, éstas van dirigidas esencialmente a la población adulta, aunque las más recientes han incluido en su *target* a las adolescentes en atención al presunto aumento de los casos de maltrato en parejas jóvenes. Dichas campañas se han alejado progresivamente de su función de servicio público para devenir flagrantemente misándricas, puesto que no se limitan a confortar a las mujeres que son realmente maltratadas por sus parejas y a ofrecer a éstas salidas legales a su aficción, sino que instigan la denuncia de cualquier tipo de coerción ejercida por el hombre. El conflicto, consustancial con la vida en pareja<sup>2</sup>, se concibe en virtud de estas campañas como un fenómeno patológico e indeseable, de ahí que en ellas se inste a la mujer a poner fin unilateralmente a la relación y proceder a denunciar por maltrato psicológico al varón ante la más mínima imprecación o indicio de celos masculinos. Ese es el nocivo mensaje que, sufragado con dinero público, se está instilando en la sociedad a fin de erradicar unos usos y costumbres presuntamente trasnochados y opresivos para la mujer, esto es, el «patriarcado», y acelerar un proceso de feminización con visos de irreversibilidad.

Una sociedad, en definitiva, donde artículos abiertamente hostiles al varón y profundamente errados en sus planteamientos, argumentos y conclusiones, como el publicado en el diario *El País* en enero de 2014 con título

<sup>2</sup> BUSS, David.M, *La evolución del deseo*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. 18. Traducción de Celina González.



«El varón, arma de destrucción masiva»<sup>3</sup>, solamente obtienen justa réplica en ciertos foros y blogs radicados en Internet. No deja de ser paradójico que en el seno de una civilización, la occidental posmoderna, que se caracteriza por su carácter marcadamente antisacrificial (con la dramática excepción del aborto) y que se precia de honrar incondicionalmente a la víctima por el solo hecho de serlo (con la consiguiente inflación de derechos), se incurra con virtual impunidad en una diatriba semejante, que criminaliza y hasta deshumaniza a un sector entero de la población. Piénsese lo que sucedería si alguien osara referirse públicamente con idéntico desprecio al sexo femenino o cualquier minoría racial o religiosa; le sería imputado con total seguridad un delito de incitación al odio y a la violencia, ya tipificado en nuestro Código Penal. Empero, la denigración del varón, con independencia de que incurra en ella el pseudointelectual orgánico o el hombre-masa orteguiano, no solamente queda impune sino que incluso actúa como factor de prestigio académico, social y político. Si bien numerosos estudios de elevado rigor indican que el sexo masculino propende a la violencia en mucha mayor medida que el femenino, y que la feminización de la sociedad («empoderamiento» de la mujer, agostamiento de la inherentemente masculina cultura del honor,) ha redundado en una acusadísima reducción de los niveles de violencia<sup>4</sup>, no es menos cierto que la cultura y las instituciones han sido forjadas por hombres, no por mujeres. El varón es susceptible de desencadenar el caos, pudiendo convertirse en «muerte, el destructor de mundos», mas puede presumir al mismo tiempo de poseer en régimen de cuasi monopolio el genio creador que eleva el espíritu y posibilita el progreso material de las sociedades. La riqueza, el conocimiento y el poder se crearon, se crean y se seguirán creando en la esfera masculina. No deja de ser significativo que, como señala el catedrático de Psicología de la Universidad Estatal de Florida Roy, F. Baumeister, el movimiento feminista desde sus orígenes haya promovido, no la creación de organizaciones e instituciones por mujeres, sino la incorporación de éstas a las organizaciones e instituciones fundadas por el sexo masculino<sup>5</sup>. Baumeister, no obstante, aclara que el escaso rendi-

<sup>3</sup> TORREBLANCA, José Ignacio, «El varón como arma de destrucción masiva», *El País*, 25 de enero de 2014.

<sup>4</sup> PINKER, Steven, *The Better Angels of Our Nature*, Penguin Books, Londres, 2011. pp. 827-832.

<sup>5</sup> BAUMEISTER, Roy y VOHS, Kathleen D., «Sexual Economics, Culture, Men, and Modern Sexual Trends», *Revista Society*, Volumen 49, Núme-

miento creador de las mujeres no obedece a una menor inteligencia, sino a la inexistencia en la esfera femenina, debido a la ambición y sociabilidad relativamente reducidas que muestran las mujeres, de aquellos vínculos sociales que estimulan tanto el planteamiento de ideas fecundas y transformadoras como la acumulación del saber a lo largo del tiempo<sup>6</sup>. O como lo expuso José Ortega y Gasset: «la excelencia varonil radica en un hacer; la de la mujer, en un ser y en un estar». El filósofo madrileño sentenciaba clarividentemente que el hombre vale por lo que hace; la mujer, por lo que es<sup>7</sup>.

Sea como fuere, la institucionalización del feminismo, como hemos visto, ha impuesto un juicio de los sexos según el cual la mujer es de suyo inteligente, refinada y pacífica, mientras que el varón es inherentemente estúpido, rudo y violento. De tan pueril y sesgado análisis concluyen la *intelligentsia* sesentayochista y nuestros intelectualmente inanes políticos que la mujer es merecedora de protección y exaltación, mientras que el hombre debe ser zaherido, castigado y reprimido en su masculinidad a fin de propiciar el advenimiento del «hombre nuevo» posmoderno, sumiso y radicalmente feminista, que posibilite a la mujer satisfacer sus necesidades afectivas y sexuales sin coste alguno para ella.

Sin embargo, la aplicación irrestricta de la bioideología de género ha emponzoñado dramáticamente las relaciones entre los sexos, presididas en la actualidad por la ansiedad, la animosidad y la incomprensión. Prueba de ello es el desplome en España de la nupcialidad y el aumento de los divorcios, fenómenos que atestiguan la honda crisis de la institución familiar en nuestro país y que explican en parte el invierno demográfico en el que se halla sumida España<sup>8</sup>. Ahora bien, esta desconfianza entre los sexos, sin precedentes en la historia de la humanidad, ha agravado un mal social cuyos orígenes remotos se encuentran en la revolución sexual de la segunda mitad del siglo XX y que hasta ahora apenas había merecido la atención de los sociólogos: la existencia en Occidente (y Japón) de un número cada vez mayor de

ro 6, diciembre de 2012. pp. 520-524. Accesible en <http://link.springer.com/article/10.1007%2Fs12115-012-9596-y#page-1>

<sup>6</sup> BAUMEISTER, *Is There Anything Good About Men?*, Oxford University Press, Nueva York, 2010, p.150.

<sup>7</sup> ORTEGA Y GASSET, José, *Estudios sobre el amor*, «Epílogo al libro *De Francesca a Beatrice*», Alianza Editorial, Madrid, 2009, p.135.

<sup>8</sup> Véase MACARRÓN, Alejandro, «El invierno demográfico ya está aquí», y CONTRERAS, Francisco José, «Cómo se extinguió España», *Razón Española*, nº 188, noviembre-diciembre de 2014, pp. 261-291 y 293-308.



hombres jóvenes que no tienen pareja, bien porque han renunciado a tenerla, bien porque no resultan deseables para el sexo opuesto. Se trata de varones entre 15 y 30 años que se inhiben socialmente y que renuncian a mantener relación de ninguna clase con las mujeres, recurriendo a la pornografía, el fetichismo sexual, el consumo de drogas, los videojuegos y, ocasionalmente, a una toma de conciencia antifeminista para aislarse de un entorno social que perciben como hostil y pernicioso<sup>9</sup>. En teoría, ni revolución sexual (caracterizada entre otras transformaciones por el sexo pre y extramatrimonial, el uso generalizado de métodos anticonceptivos y la despenalización del aborto) ni la ulterior feminización social e institucional deberían explicar el retraimiento de este sector de la población masculina, pues según la creencia convencional ambos acontecimientos, al permitir a las mujeres dar rienda suelta a su sexualidad, habrían coadyuvado a incrementar la oferta sexual a disposición de los hombres. Sin embargo, el análisis riguroso y desprejuiciado de los efectos sociales de la feminización, apoyado firmemente tanto en la antropología como en la psicología evolucionista, permite afirmar que la pretendida «liberación» sexual de la mujer en realidad ha redistribuido, no aumentado, la oferta de sexo a disposición de los varones, al tiempo que ha desincentivado el compromiso monógamo entre éstos. Veámoslo.

### *La hipergamia femenina y sus consecuencias*

Una de las más trascendentales diferencias a nivel fisiológico entre los sexos estriba en el número de células sexuales producidas. En este aspecto, la semejanza no puede ser más acusada: mientras que el hombre genera del orden de 12 millones de espermatozoides cada hora, la mujer ovula alrededor de 400 veces en el transcurso de toda su vida fértil. Asimismo, la fecundación y la gestación, elementos decisivos de la inversión humana para la procreación, se producen en el interior del cuerpo de la mujer. Un acto sexual, que precisa de una mínima inversión masculina, puede suponer una inversión obligatoria de nueve meses de consumo de energía en la mujer, a

<sup>9</sup> Véase YIANNPOULOS, Milo, «*The Sexodus, Part 1: The Men Giving Up on Women and Checking Out of Society*», Breitbart News, 4 de diciembre de 2014. Accesible en <http://www.breitbart.com/london/2014/12/04/the-sexodus-part-1-the-men-giving-up-on-women-and-checking-out-of-society/>. También AYALADIP, J. Ernesto, «*Una pena demasiado insoportable*», El País, 30 de junio de 2013. Accesible en [http://elpais.com/elpais/2013/06/05/opinion/1370460466\\_034276.html](http://elpais.com/elpais/2013/06/05/opinion/1370460466_034276.html)

la que priva de otras posibilidades de emparejamiento<sup>10</sup>. Como las mujeres de nuestro pasado evolutivo realizaban una enorme inversión para transmitir su material genético, la evolución favoreció a las mujeres que fueron muy selectivas en la elección de sus parejas, esto es, aquellas que se decantaron por hombres con atributos que suponían beneficios y que rechazaron a los hombres cuyos atributos acarrearían costes<sup>11</sup>. Este comportamiento cabe definirse como «*hipergamia*», pues en virtud de él la mujer busca emparejarse con un hombre dominante y de rango o estatus superior al de ella misma, en realidad, al hombre de mayor atractivo posible o «*macho alfa*». Los hombres de atractivo escaso o nulo a ojos de las mujeres prehistóricas, los «*machos beta*», dejaron pues una débil huella genética, al igual que aquellas contadas mujeres que por su robustez, inteligencia o destreza excepcionalmente elevadas no necesitaban al hombre para procurarse recursos. Recientes estudios sobre el ADN mitocondrial y el cromosoma Y confirman el resultado lógico de la existencia de un entorno de selección sexual como el descrito: entre los antecesores de los humanos actuales se cuentan muchas más mujeres que hombres, un 33% de varones y un 67% de mujeres de acuerdo con una de las investigaciones<sup>12</sup>. Un hondísimo desequilibrio que se registra, conviene recordarlo, al cabo de aproximadamente 15.000 años de vigencia de una monogamia gradualmente extendida por vastas áreas geográficas, con el consiguiente escaso sexo prematrimonial, reducido número de nacimientos ilegítimos y formalización de uniones conyugales relativamente estables. Cabe inferir de los datos, por tanto, que en nuestro pasado prehistórico, cuando la poligamia (un marido, múltiples mujeres) imperaba, el desequilibrio reproductivo entre los sexos resultaba comparable al de muchas especies animales, donde cerca del 90% de las hembras se reproducen, pero solamente un 20% de los machos transmite su material genético. Dicho de otra manera, de todos los seres humanos que han vivido sobre la Tierra y que han alcanzado la edad adulta, quizá el 80% de las mujeres consiguió reproducirse, por tan solo un 40% de los varones. Mientras que la mayoría de mujeres que han existido lograron convertirse en madres, menos de la mitad de los hombres devinieron en padres. Como escribe el profesor Baumeister, ésta y no otra es la diferencia entre los sexos más frecuentemente obviada<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> BUSS, David.M., *Op.cit.*, p. 46.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 47-49.

<sup>12</sup> BAUMEISTER, Roy F., *Is There Anything Good About Men?*, p.63.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p.64.



La «revolución» neolítica y el subsiguiente advenimiento de las civilizaciones complejas propiciaron el establecimiento de usos, costumbres y, en último término, instituciones destinados tanto a controlar la violencia como a racionalizar y sublimar la sexualidad humana. Como ya se ha apuntado, una de las instituciones concebidas para restringir la promiscuidad masculina, rebajar la natural competencia entre los varones por las hembras y atemperar el alcance de la hipergamia femenina fue el matrimonio monógamo generalizado, es decir, la unión conyugal estable y reconocida por la autoridad profana, religiosa o por ambas, de cada hombre con una mujer (aunque la monogamia completa es inviable, pues nace alrededor de un 5% más de varones que de mujeres, si bien hay que notar que un gran conflicto bélico puede generar un considerable déficit de hombres que precise de más de una generación para corregirse; esa era la situación del devastado Viejo Mundo en mayo de 1945). En contra de lo que vulgarmente se cree, el matrimonio monógamo no restringe la oferta de sexo, sino que al tratarse de una transacción expresa de recursos materiales para la mujer y los hijos a cambio de la garantía de coitos más o menos regulares para el varón, permite canalizar dicha oferta en un sentido socialmente útil y civilizador<sup>14</sup>. Bajo un entorno monógamo, los hombres dominantes y de estatus superior, al emparejarse rápidamente, desaparecen con facilidad del «mercado sexual», permitiendo a hombres de menor atractivo encontrar pareja y tener descendencia. Asimismo, las mujeres, a cambio de reprimir su propensión hipérgama, ven colmada su necesidad de encontrar a un hombre que les sea fiel y que provea para ella y su prole. El hombre honrado, trabajador y devoto de su esposa probablemente no se corresponda con el prototipo de «macho alfa», pero desde luego sí constituye el *pater familias ideal*. En definitiva, en el seno de las sociedades monógamas, donde el sexo prematrimonial y el incesto (de ambos sexos) son duramente reprobados, el grueso de la población masculina sabe que la única forma de acceder decorosamente al sexo y tener descendencia legítima es uniéndose en matrimonio con una mujer.

Empero, el matrimonio monógamo entre un hombre y una mujer, glorificado por el cristianismo y devenido en piedra angular de la civilización occidental, ha entrado en crisis debido al embate de la revolución sexual,

<sup>14</sup> DEVLIN, F. Roger, «Sexual Utopia in Power», *The Occidental Quarterly*, Volumen 6, Número 2, Verano de 2006. Accesible en <http://dontmarry.files.wordpress.com/2009/03/sexualutopia.pdf>.

la institucionalización del feminismo y, todo hay que decirlo, las posibilidades hedonistas ofrecidas por una sociedad descaradamente opulenta hasta no hace mucho, en el seno de la cual se ha prescindido de la idea misma de «deber»<sup>15</sup>. El quebrantamiento y la desnaturalización del matrimonio se observan, entre otros indicadores, en el desplome de la tasa de nupcialidad registrado durante las últimas décadas<sup>16</sup> y se traducen en la manifestación, casi irrestricta, de aquellas inclinaciones socialmente deletéreas que el matrimonio monógamo atajaba: la promiscuidad masculina y la hipergamia femenina. En efecto, desde hace unas cuatro décadas (algo menos en España) las relaciones entre sexos, especialmente entre los adolescentes y adultos menores de treinta años, han vuelto a regirse, *mutatis mutandis*, por la selección sexual que presidió nuestro pasado prehistórico<sup>17</sup>. Hoy las adolescentes y mujeres jóvenes de hasta 30 años aproximadamente, es decir, las féminas de mayor fertilidad, persiguen emparejarse con los hombres de mayor atractivo posible, hombres que aunque ya no precisan descollar en el apartado cinegético, sí destacan por atractivo físico, simpatía, prestancia, influencia, o estatus. Dicho de otra manera, las mujeres jóvenes, al desembarazarse de las limitaciones legales y sociales que constreñían su hipergamia, ven en el «macho alfa», al igual que sus congéneres del Paleolítico, al mejor de los proveedores. Aquellos varones que no alcanzan tan excelsos estándares, que en el pasado reciente habrían encontrado esposa y formado una familia sin mayor dificultad, son ahora fríamente, y en ocasiones, desdeñosamente descartados como pareja. El resultado es un mercado sexual tan desequilibrado o casi como el que existía entre los cazadores-recolectores, donde cabe aventurar que el acceso al sexo está respondiendo al Principio de Pareto: un 20% de hombres disfruta de la atención íntima del 80% de

<sup>15</sup> LIPOVETSKY, Gilles, *El crepúsculo del deber*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1994, 283 pp. Traducción de Juana Bignozzi.

<sup>16</sup> En España, la nupcialidad ha pasado de 7,1 matrimonios por cada 1000 habitantes en 1976, a 5,32 en 2000 y 3,31 en 2013. *Instituto Nacional de Estadística 2014*. Consultado el 22 de diciembre de 2014. Disponible en <http://www.ine.es/jaxiT3/Datos.htm?t=1422&L=0>

<sup>17</sup> Delaney (pseudónimo), «La japonización de Occidente, parte I: hipergamia». En blog *Café, copa y puro*. Publicado el 2 de diciembre de 2013. Alojado en *Misandria.info*. Accesible en <http://misandria.info/blogs/delaney/japonizacion-de-occidente-parte-i-hipergamia-69/>

<sup>18</sup> YIANNÓPOULOS, Mino, «The Sexodus, Part 2: Dishonest Feminist Panics Leave Male Sexuality in Crisis», *Breitbart News*, 9 de diciembre de 2014. Accesible en <http://www.breitbart.com/london/2014/12/09/the-sexodus-part-2-dishonest->



las mujeres<sup>18</sup>. Sin embargo, al desear emparejarse con un «macho alfa» de atractivo muy superior a la media, las mujeres de hoy se ven abocadas a sufrir un doloroso desengaño, pues los hombres de gran atractivo carecen en la actualidad de incentivos para comprometerse en una relación estable, aprovechando en cambio su posición privilegiada en el mercado sexual para mantener relaciones esporádicas con multitud de mujeres<sup>19</sup>. Este grupo reducido de hombres se beneficia de una suerte de poligamia «blanda», de la que la inmensa mayoría de los hombres no es partícipe, pero que sí cuenta con el concurso del grueso de las mujeres jóvenes y lozanas, que, empero, ya no están en condiciones de exigir compromiso y fidelidad a cambio de la provisión de sexo en el seno de una relación monógama. Así es, la redistribución de la oferta de sexo hacia el percentil superior de la población masculina permite a los hombres de mayor atractivo saciar su apetito sexual indiscriminadamente y sin necesidad de vincularse en una relación estable y formal con una persona del sexo opuesto<sup>20</sup>. Por si esto fuera poco, ante la desafortunada promiscuidad de esta minoría de hombres, la mujer joven promedio no responde decantándose por varones de menor atractivo y estatus, sino que, impelida por la competencia feroz que existe actualmente en el sector femenino de la sociedad, se hipersexualiza ya desde la adolescencia a fin de imponerse a las demás mujeres en la pugna por el escurridizo e irresistible macho alfa<sup>21</sup>. Sin embargo, una vez superada la treintena, muchas de estas mujeres comprueban con honda decepción que debido al natural quebranto de su atractivo físico, los varones de mayor apostura y prestancia de edad similar (que se hallan probablemente en el apogeo de su prestigio e influencia) dejan de considerarlas deseables y se decantan por mujeres más jóvenes y bellas. Rechazadas por aquellos hombres por los que suspiraron durante sus mejores años y divisando en lontananza la inexorable menopausia, éstas mujeres no tienen otra alternativa que rebajar sus estándares y emparejarse, ahora sí, con un hombre normal, aunque aceptablemente situado, con el que engendrar uno, o como mucho, dos hijos. Una unión que de formalizarse en

feminist-panics-leave-male-sexuality-in-crisis/

<sup>19</sup> DEVLIN, F. Roger, *Op.cit*

<sup>20</sup> BAUMEISTER y VOHS, *Op.cit*.

<sup>21</sup> Delaney (pseudónimo), «La japonización de Occidente, parte II:». En blog *Café, copa y puro*. Publicado el 11 de diciembre de 2013. Alojado en *Misandria.info*. Accesible en <http://misandria.info/blogs/delaney/japonizacion-de-occidente-parte-ii-hiperputificacion-77/>

matrimonio, acaso devenga en un divorcio amargo al cabo de unos pocos años, una ruptura que casi con toda seguridad, si nos atenemos a las estadísticas<sup>22</sup>, promoverá la mujer, quizá alegando ser víctima de un inexistente maltrato físico o psicológico, con el consiguiente padecimiento para los hijos y para el desdichado esposo.

### *Soledad y activismo*

En cualquier caso, no todos los hombres juzgados escasamente deseables por las mujeres durante su juventud consiguen emparejarse, aunque sea precariamente, una vez superados los treinta años. Entre este creciente sector de solitarios los hay que, pese a haber sido reiteradamente rechazados por las mujeres y aparentemente indiferentes a la represión contra ellos desencadenada por el Estado feminista, siguen profesando los convencionalismos románticos más trasnochados e inútiles, perseverando *ad nauseam* en su pretensión de emparejarse con una mujer. No obstante, la sucesión inacabable de fracasos termina por sumirlos en la más profunda de las frustraciones, pues al haber sido educados en la creencia de que todo ser humano encuentra su «media naranja», se muestran incapaces de llevar una vida feliz y plena careciendo de relaciones amorosas. Hay un segundo grupo, numeroso también, que como hemos visto, se resigna a no tener trato íntimo con las mujeres y se sumerge en un hedonismo y egoísmo desenfrenados, cuyos efectos descivilizadores son comparables a los que acarrea la implantación del feminismo. Existe, sin embargo, un tercer sector de hombres solitarios, activísimo en Internet, más visible en los Estados Unidos que en Europa, cuyos miembros se molestan en reflexionar sobre el estado de las relaciones entre los sexos y que se caracteriza por su beligerancia con el Estado feminista. En cualquier caso, estos activistas no se limitan a denunciar la represión a la que están siendo sometidos los varones en buena parte de Occidente, sino que conocedores de los efectos sociales de la hipergamia, se valen de inducciones y deducciones para sugerir formas de conducirse a los demás hombres. Entre este tercer sector, los hay que proponen técnicas de seducción avanzadas (*Game*) que permiten supuestamente a los varones de

<sup>22</sup> TIERNEY, John, «*The Big City; A New Look At Realities of Divorce*», *The New York Times*, 11 de Julio de 2000. Accesible en <http://www.nytimes.com/2000/07/11/nyregion/the-big-city-a-new-look-at-realities-of-divorce.html>.



atractivo medio o bajo explotar la hipergamia femenina en beneficio propio. Otros, en cambio, defienden de manera admirablemente razonada la necesidad de ser feliz sin necesidad de perseguir relaciones románticas, incidiendo en el gravísimo daño que el feminismo y los compañeros de viaje de éste han causado en las relaciones hombre-mujer. En cualquier caso, aunque propugnen desentenderse del sexo opuesto en el ámbito sentimental o íntimo, estos activistas reconocen explícita o implícitamente la natural complementariedad de los sexos (que empero no excluye el conflicto), aquella que antes de la revolución sexual y de la institucionalización del feminismo se concretaba en una elección nupcial. Una elección que idealmente no debía ser sólo de la «razón» o sólo del «amor», sino que debía tener un carácter «total», es decir, «una elección del amor, pero de un amor lo bastante amplio y clarividente para asumir, junto a la atracción de los cuerpos y las almas, no diré los prejuicios, pero sí las necesidades centrales de la vida social», según las iluminadoras palabras de Gustave Thibon<sup>23</sup>. Se precisan, pues, medidas contundentes en sus efectos y quirúrgicas en su aplicación que permitan purgar al Estado y a la sociedad de las lacras modernas y posmodernas abordadas sucintamente en el presente ensayo, que corrompen la complementariedad entre el hombre y la mujer e imposibilitan la citada elección nupcial en sus justos y fructuosos términos.

Pablo GUERRERO

### ÁNGEL MAESTRO, CONFEDERADO

Sería hacia el año 2008. Y fue la última vez que Ángel Maestro me visitó en Salamanca. Aparcó cerca del Campus Miguel de Unamuno, y paseamos todo el día por la capital charra. La visita se volvió monotemática sobre la Confederación y la Guerra de Agresión Yanqui, expresión esta última que Ángel no cesaba de alabar por la fidelidad a lo acontecido. Yo acababa de regresar a España tras un largo periplo laboral de 12 años por países anglosajones a ambos lados del Atlántico. Y quería que Ángel me hablase de Rusia, que empezaba

<sup>23</sup> THIBON, Gustave, *Sobre el amor humano*, El Buey Mudo, Madrid, 2010, p.101. Traducción de Pilar García Noreña.

ya a levantarse; pero Ángel estaba sediento de hablar de mis años en Texas y Missouri, de mis lecturas sobre la Confederación y de la mal llamada «Guerra Civil» norteamericana, y me dejaba poca chance.

Otros autores aquí, como Pedro Fernández Barbadillo, han dado un fogonazo de las características humanas que adornaban a Ángel, que no eran pocas. Carmelo López-Arias ha glosado su periplo como ensayista. Todo buen conocedor de la *kremlinología* en lengua española conoce a Ángel Maestro. Para quienes le conocimos fue siempre una fuente de conocimiento del mundo comunista y de la Unión Soviética, de China y de Rusia. Pero la sorpresa, o quizás no tanta, fue descubrir que Ángel era un pro-confederado rabioso.

Aquel día Ángel se explayó sobre en lo que habían devenido los modernos EEUU. Mucho criticó Ángel aquel día en Salamanca el apoyo del zar Alejandro II a los yanquis, y lo consideraba como un grave error. Argumentó las bondades de una sociedad agraria versus la sociedad industrialista. No hubo necesidad de explicar a Ángel la atroz falacia de pensar que los yanquis lucharon por la libertad de los esclavos. Bien la conocía. Como bien conocía la catadura inmoral y oportunista de Abraham Lincoln, a quien detestaba.

A fin de cuentas, como pasó aquel día en Salamanca, estos Estados Unidos son hoy la cabeza (el alma queda para la Pérfida Albión) de este V Imperio. El último. El de Satanás, como afirmaba el Padre Leonardo Castellani. Ángel, que sabía mucho de comunismo y del alma rusa, sabía que esta Rusia, pese a todos los pesares, era una esperanza. La Esperanza de Cristo y su Reino. La esperanza en la Virgen María, mucho mejor preservada en el mundo ortodoxo que en la filfa del «catolicismo» modernista, como Ángel insistía. Para él la pretensión de los CSA (*Confederate States of America*) de constituirse como República Cristiana era un símbolo de un mundo que pudo ser y no fue. Para mí era siempre la antepenúltima batalla —perdidas prácticamente todas— de este momento donde la Revolución campa por sus fueros.

Le hice ver las insuficiencias de aquella República Confederada. El fundamento protestante procuraba unos cimientos incompatibles con la verdadera armonía de la *Civitas cristiana*, pero Ángel era del parecer que la intención era buena, y contradecía un poco mi pesimismo generosamente trufado de simpatías hacia la Confederación. Ángel me sorprendió con citas de Patrick Henry a este respecto, y yo le hablé de John Randolph of Roanoke, de quien él sabía relativamente poco. Pasamos revista, entre otros autores, por Richard Weaver, por Mark Malvasi y por los Agrarios del Sur, a quienes él también conocía.